La resurrección del ogro filantrópico

JUAN LUIS HERNÁNDEZ Politólogo. Universidad Iberoamericana.

La historia, y la historia política particularmente, parece sucederse en repeticiones múltiples donde el pasado, el presente y el futuro no alcanzan a diferenciarse con nitidez sino más bien a compartir transversalmente condiciones de culturalidad política. Los ritmos del cambio político en México son tan graduales que en poco tiempo hemos podido observar cómo el pasado y el futuro se entretejen para dar forma a la vivencia del ayer, hoy.

Sirva lo anterior como preámbulo a propósito de lo que parece encarnar quien puntea desde año y medio las preferencias para la presidencia de la república.

En 1989 tres tradiciones distintas y antagónicas hasta hacía no mucho tiempo fundaron el Partido de la Revolución Democrática. La primera de ellas, resultado de la más importante fractura del PRI en 60 años; la segunda, heredera de la izquierda tradicional mexicana quien prácticamente todo el siglo XX se mantuvo en la clandestinidad; y la tercera, producto de la emergencia de la sociedad civil traducida en un arcoiris de izquierda social. Las tres se unificaron en torno a la figura de Cuauhtémoc Cárdenas y fue éste quien daría la clave de funcionalidad al partido: caudillo fuerte y tribus en competencia. Muy pronto, el ala ex priista tomó la hegemonía del partido, aunque el resto de las corrientes influyeron para que el PRD se autodenominara de izquierda y su faceta movimientista le caracterizara durante largos periodos.

Todo partido lleva la marca de su nacimiento en la frente, nos recuerda Maurice Duverger. Y el PRD se ha explicado hasta ahora por desarrollar en su proceso histórico los aportes fundacionales de quienes le dieron origen. Y es ahí donde los comunistas y los cívicos no lograron imprimirle su sello al partido. Serían los ex priistas, y específicamente, uno de ellos –quien así como con vehemencia compuso las notas del himno del PRI en su estado natal, bajo su presidencia llevó al PRD a su mayor crecimiento electoral–, quienes lograrían darle al partido del sol azteca las posibilidades reales de alcanzar el Ejecutivo federal, sólo que bajo premisas y procedimientos ya probados y constatados en el Partido Revolucionario Institucional.

El PRD funciona con un caudillo que unifica el canibalismo de las tribus. Éstas dejan al caudillo la posición de candidatura a la presidencia de la república y el resto de las posiciones se las disputan entre sí. A partir del año 2000 el PRD experimentó una sucesión no prevista de caudillo que culminó con la asunción de Andrés Manuel López Obrador como el nuevo tlatoani, sólo que en esta ocasión, su influencia no se limita a la tercera fuerza política del país, sino que podría significar que electoralmente regresara una parte de la familia revolucionaria al poder por un atajo.

López Obrador ha construido en torno a sí un capital político cuyas reminiscencias las encontramos en el presidencialismo mexicano. Desde la oposición y, al menos nominalmente, desde la oposición de izquierda, se constata que la efectividad política atraviesa los usos y costumbres que dieron fama a la maquinaria priista. López Obrador, tanto en la forma como en el fondo, parece encarnar la resurrección del ogro filantrópico.

Respecto a la forma, los últimos meses han sido pródigos en ejemplos. Gracias en buena medida a sus adversarios, López Obrador salió fortalecido del proceso de inhabilitación y con ello se convirtió en indiscutible jefe máximo del partido. Era evidente que los entonces dirigentes perredistas y, aún más, el caudillo en retirada, no podían disputarle nada. Pues en calidad de jefe máximo del partido, López Obrador puso como dirigente nacional del PRD a un priista hasta 1999, cuya militancia e influencias perredistas se encontraban en la periferia. Dejó a Martí Batres al frente del PRD capitalino y hará maniobras para que Marcelo Ebrard sea quien le suceda en la jefatura de gobierno en 2006. Como a la vieja usanza, el partido es tan sólo un instrumento a los intereses del caudillo.

Siguiendo con la forma, los perredistas han entrado

en la cultura de las reglas no escritas donde la política se va desarrollando con códigos y símbolos que no es preciso encontrar en ningún estatuto partidario o manual de procedimientos. Estas reglas han hecho de Andrés Manuel el candidato de unidad, el candidato único, el candidato de todos los sectores o, ahora, de todas las tribus. Ni siquiera el caudillo sustituido tiene la suficiente fuerza para enfrentarlo, pues los perredistas han elegido ya. No hay necesidad de elecciones internas o externas, no hay necesidad de asambleas o consejos políticos. El candidato es uno y con él hay que sumar. Los perredistas han reinaugurado "la cargada" y hay de aquélla tribu o corriente que se quede fuera.

La cargada en torno a López Obrador cumple los mismos incentivos que en la era priista. Aunque no gane la presidencia de la república, AMLO garantiza que el PRD aumente significativamente el número de curules en ambas Cámaras con el consiguiente incremento de prerrogativas económicas. AMLO es una inversión y había que apostarle. Pero esta cargada, una vez más, no se limita al sol azteca. La cargada en el transcurrir de los meses puede ampliarse. Por un lado, en el flanco izquierdo, tanto el PT como Convergencia han estado fraguando un frente amplio de izquierda para encarecer su apoyo a López Obrador, pero que al final terminarán subidos al tren. Pero la cargada más esperada viene otra vez por las luchas intestinas en el PRI. Y no me refiero exclusivamente a lo que las elites diriman entre sí y el apoyo hipotético que pueda ofrecer algún sector elbista. Me refiero a las bases priistas, quienes vayan a terminar más identificados con López Obrador que con Madrazo.

Mientras los tiempos en el PRI son de alta competencia política interna, en el PRD han recuperado el "dedazo", la "cargada", "el candidato único", sin olvidar que el "acarreo" y el "corporativismo" se volvieron moneda de curso en dicho partido.

Estos usos y costumbres han sido complementados con el uso personal de gobernar de López Obrador. En su paso por la jefatura de gobierno del D. F. quedó ampliamente demostrado que al tabasqueño le incomoda la institucionalidad, la transparencia y la rendición de cuentas, así como los contrapesos legales e institucionales. Esta veta autoritaria, no fue obstáculo que para que saliera del antiguo palacio del Ayuntamiento con una aprobación superior a 80%. Estos elementos configuran las características del ogro, del caudillo popular y populista, del caudillo carismático, del caudillo salvador y mesiánico, que obedece su aceptación popular no precisamente por estas cualidades, sino acaso, por otras de índole distinto pero que recuerdan tiempos pasados.

COMENTARIOS

Víctor Alarcón Olguín (UAM-Iztapalapa). Es significativo advertir que la unidad político electoral de las "izquierdas" implica una tarea muy superior a las capacidades que poseen actualmente. Juan Luis Hernández nos marca una pauta que nos obliga a pensar cuál puede ser el repertorio de acciones que podría emprender López Obrador partiendo justamente de las problemáticas no resueltas que le serían heredadas por la administración foxista. A diferencia de las condiciones usuales de "reinvención" sexenal que le eran propias a los presidentes priistas, al PAN y el PRD les toca la tarea ingrata de la "demolición" de las estructuras institucionales autoritarias, pero sin poner en riesgo a la gobernabilidad. Es claro que el presidente Fox y su gabinete se vieron rebasados y los resultados han devenido en inacción propia y prudencia ante la franca oposición mostrada por los diversos sectores de la vida pública. Poco o nada cambiará dicha situación para López Obrador, cuyo capital político puede tener límites de similar duración a los que tuvo Fox al inicio de su gestión. Por ello, cualquiera que resulte ganador de la contienda de 2006 tendrá que empujar fuertemente sus proyectos de reforma durante los primeros meses de su administración, para evitar así una renovación de la esclerosis en la que se ha visto atrapada el "gobierno del cambio"..

Helena Varela. Universidad Iberoamericana. Retomar el concepto de *ogro filantrópico* de Octavio Paz significa ir mucho más allá de la visión personalista que analiza la forma de gobernar de un individuo (sea López Obrador o Madrazo). Una visión así implicaría asumir que los cambios institucionales ocurridos en las últimas décadas no han tenido ningún impacto sobre el funcionamiento del sistema político mexicano. Pensar que el próximo presidente podrá gobernar bajo la premisa de la "absolutización del poder" es negar la capacidad de contrapeso a los muchos actores que en estos momentos acotan el poder político (piénsese en poder Legislativo, el Judicial o los medios de comunicación).

No obstante, es evidente que hay señales de una "vuelta al pasado" en cuanto a la forma de ejercer el poder, y de ahí la pertinencia de la expresión de "resurrección del ogro filantrópico". Pero entonces tenemos que pensar en lo que supone realmente este fenómeno. El ogro filantrópico suponía la existencia de un Estado todopoderoso,

Me refiero a la parte filantrópica del ogro, a las medidas para distribuir recursos políticos, económicos y sociales. López Obrador está construyendo una candidatura en la que, por momentos, el PRD aparece sólo por necesidad nominativa. El equipo más cercano a AMLO habla en su justa dimensión de que no es el PRD quien encabeza dicho proyecto político. Es el proyecto de un caudillo que está dispuesto a mandar señales que habrá repartición para todos, que todos caben y que en la medida que se agreguen más, más grande será el pastel por repartir. Esta distribución de espacios políticos se ve complementada con el contenido del proyecto. El ogro socialmente sensible.

Es sabido que la estabilidad social y política del régimen priista se debió a la impresionante distribución de recursos que alcanzó a capas sociales pobres, y que la pérdida de legitimidad comenzó con los ajustes al modelo económico que dejó de satisfacer las necesidades mínimas de las mayorías. Las políticas sociales de López Obrador son su principal legitimidad política y ellas pueden fácilmente perdonar los rasgos autoritarios como lo demostraron los índices de aprobación capitalinos.

En suma, y bajo la premisa de que el PAN no será protagonista en la elección presidencial del próximo año, quedará la sensación de que un gobierno que quiso ser liberal y de ciudadanos, que quiso dejar atrás los usos y costumbres del régimen anterior, habría fracasado en su intento por no haber podido reflejar avances positivos en el crecimiento económico y sus variables como el empleo y la calidad de vida. Consecuentemente, la familia revolucionaria que se fraccionó en 1987 se verá las caras el próximo año con renovados bríos y con realineamientos sorprendentes, los que antes compartieron un solo seno ahora disputarán lo que fue suyo, pero lo harán con lo que aprendieron en casa, con las reglas no escritas que conocen y que no es preciso escribirlas. Sólo falta por saber qué PRI eligen los electores: el que abrió un atajo para recuperar una política socialmente distributiva poniendo más énfasis en lo filantrópico, o el que quiere la restauración poniendo énfasis en el ogro, en la absolutización del poder y la delincuencia institucionalizada.

---

que intervenía en todos los aspectos de la vida política, económica y social. Si regresamos a un esquema de este tipo (con la crisis del Estado neoliberal), estaremos volviendo también a un escenario en donde los ciudadanos no son reconocidos como tales, sino que son más bien súbditos que no juegan un papel activo en el funcionamiento del sistema político. La amenaza del autoritarismo entonces sí sería real.

Miguel Ángel Valverde Loya. Esperemos que en nuestro país se hayan desarrollado lo suficiente los mecanismos institucionales y la participación social, para evitar un regreso a un régimen presidencialista libre de contrapesos. Por otro lado, López Obrador es un político hábil, y si logra llegar a la presidencia es probable que se adapte y ajuste a estos límites, entendiendo que el país no es la capital. Pero que lo logre está todavía por verse, y el resultado dependerá en buena medida de la evolución de las campañas; la reciente elección en el Estado de México es una referencia. El PAN seguirá siendo factor, y buenas (y bien financiadas) campañas del PAN y del PRI en los medios, podrán anular o cerrar considerablemente la ventaja del perredista.

Emilio Rabasa. ITESM. Hoy en día en México, afortunadamente, ningún ogro filantrópico tiene el control absoluto sobre su hábitat político, como fue con el autoritarismo. Nuestra democracia incipiente ha generado instituciones, procesos y en general actitudes, dentro del Estado y en la sociedad civil, que pueden actuar como pesos y contrapesos, para por lo menos tratar de contener una posible regresión autoritaria. Estoy pensando no sólo en la contención de un gobierno dividido, sino también en la autonomía del poder judicial, los gobiernos de las entidades federativas, los medios de comunicación social y las organizaciones no gubernamentales. Esto no quiere decir que ya estamos inoculados contra cualquier tipo de regresión autoritaria. Supuestamente la Alemania de Weimar en el siglo pasado, también lo estaba y acabó presa del totalitarismo nazi, y así ha pasado con varias democracias, aún más robustas que la nuestra. Finalmente lo que todavía nos falta, es hacer de la democracia no sólo una forma de gobierno, sino también, como lo dice la constitución, un sistema de vida si no de todos, por lo menos de la gran mayoría de los mexicanos.